

MISIÓN DE CASTILLA

EN EL PRESENTE MOMENTO SOCIAL

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL ATENEO DE BURGOS

EL DÍA 16 DE DICIEMBRE DE 1924,

POR

EL CAPITÁN DE CABALLERÍA D. JOSÉ LÓPEZ DE LETONA,

DELEGADO GUBERNATIVO EN ROA



1925

Imprenta de Rafael Y. de Aldecoa
BURGOS

G-F 14055



MISIÓN DE CASTILLA

EN EL PRESENTE MOMENTO SOCIAL



CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL ATENEO DE BURGOS

EL DÍA 16 DE DICIEMBRE DE 1924,

POR

EL CAPITÁN DE CABALLERÍA D. JOSÉ LÓPEZ DE LETONA,

DELEGADO GUBERNATIVO EN ROA



1925

Imprenta de Rafael Y. de Aldecoa
BURGOS

PRÓLOGO

El recuerdo de ya lejanos años, pasadas alegrías y muertas ilusiones obligame, junto con el cariño al leal compañero y fraternal amigo, a descorrer, temeroso e inseguro, este velo que prólogo se llama y oculta a las miradas de todos el regalo de una oratoria calurosa y vibrante.

Sirvan aquellos títulos de disculpa a mi atrevimiento y sea éste perdonado en gracia al buen propósito que le guió.

Un caluroso latir de corazones lanza hoy a la pública plaza de las hispanas letras las palabras que un soldado poeta, enamorado del ideal como nuestro señor Don Quijote, pronunciara ante selecto público sobre un culto tablado. Quedan así fijas y perpetuadas las palabras que acariciaron nuestros oídos en no lejana fecha y sirven estas páginas de feliz hallazgo a quien no tuvo la suerte de escucharlas cuando salieron del corazón del orador, más bien que de sus labios, como las puras y cristalinas aguas de la fontana inmortal.

Aquella tarde, y en fiesta de noble y elevada espiritualidad, un soldado avanzó hacia el público. Sus primeras palabras fueron de saludo y cortesía; cantó luego a la tierra castellana; habló de su hidalguía; glosó la

historia luminosa y ardiente de la Patria. Su voz fué como claro clarín en el yermo; su acento, como llamada fuerte y sonora, hecha con martillo de plata, sobre el escudo acerado que guarda el corazón de Castilla. Habló de fuertes ideales, de misiones augustas, de luminosas esperanzas. Sobre la parda llanura trazó un camino jalonado de estrellas. Su brazo, armado de una espada ideal, señaló en el horizonte del porvenir el lugar donde brilla con resplandor inextinguible la «centellica de la fe»...

Los aplausos ahogaron muchas veces sus palabras y la ovación estalló clamorosa cuando, como un verdadero caballero de pasadas edades, supo romper con maestría singular una lanza por el Rey.

¿Quién es este soldado? ¿Cuál es su historia y cuáles sus propósitos?

En una lejana primavera—los primeros versos, la primera novia—nuestros corazones latieron unidos muchas veces. En aquellas horas de nuestro despertar ante la vida, fundióse una imperecedera amistad. Separados más tarde a lo largo del áspero sendero, perdimos el contacto material. Sólo supe siempre que trabajaba sin descanso. Un día, confundido con un auditorio selectísimo, oíle hablar casi por vez primera. Fué su palabra, como en un telar invisible, tejiendo ante nosotros rico tapiz policromado, que ondeó más tarde como bandera de combate, como guión de caudillo. Las ideas, como rica sedería, mostraban sus más vivos colores, pero entre todas ellas se destacaba, como lazo de unión, el «hilo sutil» de nuestro genial dramaturgo, «el hilo del amor que a los humanos hace parecer divinos y pone en nuestra frente resplandores de aurora».

¿Quién es este soldado? Ya os lo dije: Un tejedor espiritual callado, modesto y silencioso, que tejió en su telar, en labor callada y humilde, el florido tapiz de su cultura para ofrecerle al público con el encanto de su oratoria...

Nuestra moderna civilización, «aquella que en fuerza de cuidarse tan sólo de lo material y tangible olvidó las eternas fuentes de la vida que se abren en el secreto del espíritu», representase bien por el estrépito y estruendo de los inmensos talleres. Ella supo, con sus vanidades y y soberbias, adormecer en nosotros «esa centellica de la fe, esa brasa viva del entusiasmo, cimiento y móvil de todas las altas empresas de la Humanidad», pero a su mismo lado se trabaja aún, por fortuna, en silencio, en otros modestos y callados talleres.

Recordad la historia laboriosa de la Patria: Artistas modestos, humildes industriales, tejen en Ávila, forjan en Toledo, cincelan en Burgos. En la obscuridad de sus humildes viviendas, sus manos ágiles trabajan sin descanso callada y silenciosamente. No les guía afán de lucro ni personales ambiciones. Bástales la fe en su propio arte, el entusiasmo por la propia obra.

De aquellos oscuros talleres sale al fin la fina labor concluída: hoja de acero toledano, tejido policromado de finas sedas, aguja maravillosa de insuperable catedral.

Así es y así fué este soldado poeta que muy en breve acariciará vuestros oídos con sus elevadas frases y sus calurosas palabras. Él también supo laborar sin descanso en un taller recogido y silencioso. Fueron sus instrumentos de trabajo libros y cuartillas; dejó su espada muchas veces lugar a la pluma, y en el estrépito y

bullicio de la vida militar encontró remansos de paz, instantes de quietud propicios al ensueño, para trabajar con fe ciega en su oscura y silenciosa labor. El hábil tejedor fué tejiendo en silencio. Muchos desconocían el alcance de su callado trabajo, mas he aquí que de pronto extiende ante vosotros el policromado tapiz donde el sol de Castilla sabe encontrar al punto, para incendiarlo con viva llamarada, el «hilo sutil que desciende del Cielo al corazón».

Sus colores os mostrarán el remedio a nuestros males. El brillar de sus sedas os hablará de grandes ideales colectivos, de Fe, de Patriotismo, de Ciudadanía, y el hilo de oro que une en apretado haz a los demás colores, os hablará de esa bendita fuerza espiritual inmortalizada por el Manco Glorioso en la esquelética figura del visionario Hidalgo de la Mancha.

No cerréis los ojos ante el policromado espectáculo del tejido que ondea ante vosotros sobre el yermo como guión de caudillo. Abridlos con fe y entusiasmo. Penetre por ellos hasta nuestras almas su colorido, y tenga éste «esa poderosa fuerza de atracción» que para todos tuvieron las palabras de Alonso de Quijano. «Prenda así en el alma de las multitudes la llamita inmaterial que las haga moverse por cosas superiores a las prosaicas miserias del vivir, dignificando sus anhelos al convertirlos, no en necesidades del cuerpo, sino en aspiraciones del alma, ya que en éstas encuéntrase el remedio al mal que aqueja al mundo».

De tal móvil supremo, «tan alto», «tan prócer», ha de hablaros el soldado poeta.

¡Que su voz resuene como claro clarín de llamada en el yermo!

Heme llegado al fin al instante de descorrer temeroso e inseguro este velo que prólogo se llama y que oculta a vuestras miradas más tiempo del necesario el regalo de una oratoria calurosa y vibrante.

José de Gardoqui,
Comandante de E. M.

SEÑORAS:

SEÑORES:

Si aun para oradores consagrados, dueños de la palabra y de la idea, avezados a las nobles lides del bien decir, hay un instante de vacilación y acaso de temor en el momento de presentarse ante el público, fácilmente puede imaginar la discreción vuestra lo que será ese momento para mí, orador novel, huero de pensamiento y torpe de dicción, sin mérito ninguno para subir a esta tribuna que me ofreció vuestra cortesía; tribuna que me sedujo primero con el brillo de su historia tan breve como gloriosa ya; y que ha de ser a la postre, tablado donde me cubra de ridículo para castigo de mi desaprensión y osadía.

Forzosamente ha de aumentar mi turbación la memoria de las personalidades que han desfilado ya por este lugar y aun la de aquellas otras que han de ocuparle en lo sucesivo; mi nombre ignorado entre los suyos ilustres, representa un deseo del Ateneo, jalgo cruel para mí, que al invitarme a dirigiros la palabra, pretende sin duda que apreciéis mejor el verdadero mérito de los demás al compararlo con mi insignificancia.

Ello explica por qué en lugar de encenderse hoy en este sitio como en otras sesiones memorables, la poderosa antorcha de la inteligencia que acierta a encerrar

entre unas cuantas palabras justas y sobrias el fruto sazonado de una idea profunda y genial, alumbra en él con débiles destellos, la fogata de virutas de mi pobre disertar, semejante a esas ruedas de fuegos de artificio que después de sembrar el espacio con la lluvia de sus partículas de oro, sólo dejan como recuerdo soportes ahumados y alambres retorcidos, esqueleto triste y ridículo que se deshace movido por el viento, bajo la luz justiciera del Sol.

Por tanto, sería en mí risible y estéril jactancia ocultar mi temor, el cual, sin que yo os lo pondere, ha de poner vacilaciones y desmayos a lo largo de mi disertación; pero fuera también ofensa y mengua para vosotros el demandar benevolencia ya que ello valdría tanto como dudar de vuestra corrección y cortesía, las cuales, si no estuvieran ya palmaria y repetidamente demostradas, quedarían probadas para siempre con el hecho de venir a escucharme. En vuestra casa estoy, y en ella me introduje abusando acaso de vuestra hospitalidad; bien sé, que como hidalgos que sois no habéis de mostrarme vuestro desagrado; en vuestras nobles manos encomiendo mi suerte; es mi obra humilde, pero limpia y bien intencionada la que vengo a ofreceros; aceptadla compasivos, y si al terminar mi oración no ahoga mi voz la música triunfal de vuestro aplauso, seguro estoy de que cubrirá mis errores vuestro silencio discreto y piadoso. Y en verdad que lamento hoy más que nunca, que no encienda mi mente el fuego sagrado del numen, ni aniden en mi boca las abejas de oro de la elocuencia para rendiros humildemente pleitesía, bellas y nobles damas; para cantar vuestras empresas, hidalgos de Castilla.

Bien dicho sea vuestro nombre, mujeres de mi tierra, ¡flores preciadas del jardín de España!; puso Castilla en vuestros ojos las místicas luces de sus horizontes infinitos, tiñó vuestras mejillas con el color sonrosado e indefinible de las puestas de sol sobre el altar inmenso de los llanos, cuajó entre las amapolas de vuestros labios la espuma de sus mares, prestó a vuestro talle la oscilación gentil de las espigas mecidas por la brisa, y dentro de ese santuario encerró el tesoro de vuestro espíritu cristiano y español. Deliquios místicos de Teresa de Cepeda, humanos y sublimes arranques de Isabel, viriles heroísmos de María de Padilla, sutil ingenio de Beatriz Galindo y maternal amor de María de Molina, tejen vuestra historia sin par, mujeres de mi tierra, que después de Dios, formasteis nuestra raza, y al ser madres de Castilla, fuisteis madres del mundo.

Por lindas y por buenas benditas seáis entre todas las mujeres de la tierra, honestas doncellas, enamoradas esposas, madres santificadas en todos los dolores, crisol fecundo de mi raza, corona bendita de mi patria. ¡Salve!, yo os saludo y doblo ante vosotras mi rodilla, murmurando mis labios temblorosos una letanía de admiración en honor vuestro, mientras os elevan mis manos mi corazón como una ofrenda.

Y vosotros, señores de Castilla, fervientes patriotas de los llanos austeros, los del bello gesto ensoñador y altivo, inmortalizado por los mágicos pinceles de Domenico Theotocópuli, los descendientes dignos de aquellos claros varones santos y ascetas, artistas y doctores, conquistadores y capitanes que rompieron con la proa de sus galeones las espumas de todos los mares y bajo la lumbre de todos los soles atizaron la mística hoguera de

sus ideales castellanos, recibid, no un saludo frío, reverente y protocolario con aires y dejos de extranjería, sino un abrazo recio y sincero; abrazo de español y de soldado en que los corazones palpiten juntos templándose para llevar a cabo inmortales hazañas, y también para ser a semejanza de los viejos modelos «Largos para facellas é cortos para contallas».

Haya también en mi saludo un recuerdo con dejos de plegaria para esta peregrina ciudad, cimera y honra del blasón español; la que guarda entre sus piedras ambarinas murmullo de rezo y clamor de muecines, platicar discreto y mesurado de doctores y férreo chocar de versos del Romancero; marcial estruendo de clarines en cabalgada heroica y sonoro zumbido de colmena laboriosa, hecho de limas que muerden el hierro, cinceles que tallan la piedra, gubias que rizan la madera, para entregar a la admiración de los siglos el prodigio semidivino de esa Basílica incomparable, en la cual la madera, la piedra y el hierro se pliegan dóciles al mágico capricho del arte, tallando una oración petrificada que escapa hacia Dios por las torres aéreas como tejidas con rayos de luna y robando con su crucero sobrehumano un trozo de su azul al cielo de Castilla para cubrir los restos de un héroe de vuestra tierra, cifra y compendio de las virtudes y gallardías de la raza: ¡Alzad vuestra frente con orgullo, burgaleses que me escucháis!, ¡porque he nombrado al Cid Campeador!

No olvida hogaño Burgos lo que debe a su historia; sigue siendo en los tiempos nuevos cuna de caballeros y asilo de cortesía, y sin despreciar las gloriosas, añejas gestas, entra resueltamente en los usos del moderno vivir, creando instituciones como este Ateneo preclaro

ya, a pesar de lo breve de su vida, para el cual quiero reservar mi saludo postrero, junto con la expresión de mi gratitud por haber honrado mi insignificancia al brindarme esta tribuna y más aún por las frases, plenas de cortesía y galanura, con que nuestro eximio presidente ha contribuído a aumentar mi confusión confirmando vuestra gentileza.

Deseando buscar algo digno de vosotros y digno de Burgos, ha osado la ignorancia mía dictar el tema de mi charla de hoy, que ha de ser el siguiente: «MISIÓN DE CASTILLA EN EL PRESENTE MOMENTO SOCIAL».

Para desarrollarle, estudiaremos primero rápidamente las características del actual instante de la vida mundial, señalaremos luego con toda brevedad los remedios para mitigar o suprimir los males señalados, y terminaremos viendo el modo según el cual puede Castilla aplicar dicho remedio.

Dios y Castilla vengan en mi ayuda: Dios, porque quiso cuajar en nuestra tierra, centro de la vieja piel de toro extendida entre las vastas soledades del Atlántico y las espumas del mar latino, la raigambre milenaria de nuestro ser nacional; Castilla, porque supo ser el altar austero de la raza española, el yunque sobre el cual fué forjado al golpe de las espadas de los paladines el encanto de esta raza nuestra, acerada e indomable.

Diriase al mundo moderno un enfermo de grave enfermedad que se mueve incesantemente en busca de una postura cómoda sin lograr encontrarla; a las tentativas de una paz universal que había de elevarse como una deidad moderna sobre el ara de su Palacio de La Haya, sucedió la convulsión guerrera más terrible que vieron los siglos, en la cual la humanidad, inflamada en el fuego

de una gigante demencia, buceó en lo más arcano de la ciencia buscando procedimientos jamás sospechados para quitar la vida a sus hermanos, convirtiendo los campos de Europa en osarios inmensos, sobre los cuales corrieron en cabalgada fantástica los jinetes apocalípticos con su cortejo de lágrimas y muerte; las razas todas regaron con su sangre las tierras del viejo Continente, en el fondo de una ignorada tragedia se hundió una monarquía centenaria y bajo los techos dorados de los alcázares reales lanzó su grito retador y vengativo la furia popular; al beso mortal de la metralla se hundieron en el polvo las nobles piedras de las catedrales peregrinas, y en los huecos que dejaron los árboles desarraigados por las explosiones, retoñaron las cruces de los cementerios inmensos que hoy cubren las tierras francesas, mientras un mundo trágico de ciegos y dementes, mutilados y enfermos, era arrojado como la espuma dolorosa de la guerra sobre las playas tranquilas de esos hogares ennoblecidos por el sacrificio, donde sólo una madre y una esposa velarán ya la triste vida del inválido, haciéndola aún dichosa con las previsoras y dulcísimas ternuras de su amor.

Terminó materialmente la lucha, pero no se abatieron las armas que siguen aún cruzándose tras de las fronteras más fuertes que nunca y más que nunca erizadas de bayonetas, y en las convulsiones de la post-guerra pareció agravarse el mal de Europa. Tendió su fúnebre vuelo el fantasma del hambre por los países centrales, y testigo son de su paso esas caritas lívidas de los niños austriacos que España acogió con un amplio gesto de caridad; el resplandor de los incendios sobre la nieve ensangrentada alumbró en los campos del Extremo

Oriente la agonía de millares de seres; por la posesión de las cuencas carboníferas alemanas se tiñeron otra vez con sangre las manos de los hombres, y trastrocadas las constituciones internas de los estados, desmentidos los augurios políticos, se transformó en República el más fuerte y autoritario Imperio y, por el contrario, bajo el cielo riente de Italia, la nación representativa de la independencia y democracia latinas, triunfó la férrea voluntad de un hombre imponiendo una disciplina que encadenó todas las actividades en el deseo común de salvar a la patria haciendo florecer los eternos laureles romanos y prendiendo bajo el cielo del Lacio la aurora de una nueva epopeya dorada y marinera.

En los albores de la paz, las teorías humanitarias quedaron presas en las mallas de los viejos intereses creados, los gastos de guerra arruinaron a las naciones, la triste procesión de los sin trabajo paseó sus harapos y su cortejo de semblantes hoscos bajo el turbio cielo londinense, y buscando en vano solución al problema nació en la vieja Inglaterra la flor exótica del gabinete laborista al cual y como consecuencia de unas elecciones acaba de substituir un Gobierno conservador.

No ha podido España permanecer insensible a la general inquietud, y aunque aislada de la conmoción guerrera, contemplando a distancia la lucha, ha participado de sus alternativas y de sus anhelos, de sus grandezas y de sus dolores.

Ellos son los que han puesto en la vida española el tono de amargura profunda, de desasosiego, de febril inquietud, que es la característica del presente momento social; lucha de clases, organizaciones defensivas, pugna de apetitos disfrazados con el pomposo mote de ideales,

discusiones científicas, nuevas y peregrinas teorías de arte, turbión sangriento de crímenes y robos, cambio radical de sistemas y de procedimientos; todos estos hechos, estériles unos, altísimos y provechosos otros, abominables no pocos, sólo representan un cambio de postura; el enfermo no sana, y en el delirio de su fiebre, en su ansia de curar, se mueve sin cesar en el lecho, consulta uno tras otro a los doctores, busca y se aplica como insuperables panaceas cuantos remedios se anuncian como infalibles, y acuciado por el ansia de encontrar la salud, se arrastró muchas veces en pos de falaces curanderos cuyos remedios llevaron al organismo del paciente el morbo incurable de una profunda desconfianza. Y el enfermo no sanará; porque en fuerza de cuidarse sólo de lo material y tangible, olvidó las eternas fuentes de vida que se abren en el secreto del espíritu; porque únicamente tendió a proporcionarse hierro para su sangre, oxígeno para sus pulmones, y oro para sus necesidades, dejando sin alimento el alma que ha de regir como señora y dueña el funcionar de la máquina humana; porque la moderna civilización, con sus benditos y portentosos adelantos, adormeció en nosotros esa centellica de la fe, esa brasa viva del entusiasmo, cimiento y móvil de todas las altas empresas de la humanidad, y en esa falta de aspiraciones espirituales puras, desinteresadas y nobilísimas, reside el secreto del mal del mundo.

Ellos nos llevan como por la mano a buscar el remedio.

Nada más lejos de mi ánimo que combatir al progreso material; un ideal altísimo le informa y bastaría la consideración de las lágrimas que ha enjugado, de las injusticias que por él fueron reparadas y de las vidas que

salvó, para entonar en su honor un himno admirativo y ferviente.

Pero al laborar desinteresado del hombre de estudio, que en el silencio de su cuarto de trabajo inmola su vida para proporcionar a sus semejantes un remedio para sus dolores, un consuelo para sus penas o simplemente una comodidad o un nuevo motivo de placer, responde en la masa social un movimiento egoísta el cual despoja al progreso logrado de su alto valor espiritual; lo que fué ansia de paz en la mente del sabio, causa luchas en el vulgo por el deseo de su posesión; la intuición genial que prendió su chispa de oro en el cerebro del inventor, se bastardea hasta convertirse en la satisfacción de un instinto de nuestra baja animalidad; y cada esfuerzo de los obreros intelectuales, cada asalto de la pacífica legión, cada aumento en el trabajo de su fecundo laborar, se traduce en una holganza mayor de la mayoría, la cual quiere y desea que unos pocos agoten su inteligencia, para evitarnos a la generalidad de los mortales la funesta manía de pensar.

Ello explica por qué la ruina de todas las sociedades ha coincidido siempre con el apogeo de su civilización; la mayor suma de comodidades y regalos estimula la pereza, afemina el espíritu y hace perder la entereza de las antiguas virtudes; los hombres rodeados de intereses, temerosos de perderlos, atados a la vida con más fuertes lazos, se mueven más difícilmente en pos de los grandes ideales colectivos: Fe, Patriotismo, Ciudadanía; surge una fuerza joven, nueva, ansiosa de esas mismas conquistas materiales, y una civilización se hunde para dar paso a otra mientras la mano del Destino abre una página nueva en la historia del mundo. Sin embargo, no

muere todo en la catástrofe, que flotando sobre las ruinas quedan las fuerzas espirituales, los principios eternos que informaron la época que muere y han de llevar su influencia a la época que nace, asegurando de este modo la continuidad del progreso; es así cómo destrozado Egipto, florecen de nuevo sus mitos bajo el cielo de Grecia, la cual ha de prender su culto a la belleza en los hogares de Roma triunfadora; ésta entregará a la admiración de los siglos la euritmia excelsa de los perfiles arrancados a los mármoles de Pharos por los cinceles mágicos de Praxiteles y de Fidias; serán también sus dioses las divinidades de Atenas, y cuando el bloque de la República se desmorone bajo los golpes de los bárbaros, las nuevas sociedades góticas conservarán la médula del derecho y de las instituciones romanas, las cuales regirán largo tiempo el caminar eterno de los pueblos; amalgamados con el derecho feudal, serán depurados más tarde por la labor de los enciclopedistas, y cuando se ahoguen los postreros acordes de las fiestas del Triannon en el salvaje alarido de la plebe amotinada y se destrencen en el cesto sangriento de la guillotina los cabellos de oro de la Princesa de Lamballe, esos principios adaptados a los tiempos nuevos serán las normas por que se rijan las sociedades nacientes; no importa si más tarde la convulsión revolucionaria cesa, y la voluntad invencible de un gigantesco conductor de multitudes entroniza de nuevo el Imperio, porque incorporados a todos los códigos del mundo perdurarán triunfantes los principios esenciales, que palpitan siempre en el fondo de los grandes movimientos que nos reseña la Historia.

Bendita fuerza espiritual que alientas invencible en el fondo de todas las humanas empresas; tú prendiste las

hogueras eternas de Sagunto y Numancia, fuiste grito de libertad en boca de los pastores celtibéricos, abeja de oro que melificó en labios de Horacio y de Virgilio los primores del idioma latino, mano que pulsó las cuerdas de oro de la lira de Tirteo, antorcha de luz en el cerebro de Séneca, fuente de verdad eterna en la pluma de los Evangelistas, sacrificio heroico que vistió la arena dorada del Coliseo con la púrpura sangrienta del martirio, azote de Dios en manos de Atila, voz de justicia y norma de derecho entre el discreto rumor de los Concilios Toledanos, clamor de independencia en Covadonga, titular de misal miniada y primorosa, grabada sobre el pergamino en el remanso de la paz conventual por las manos sarmentosas y pálidas de un monje paciente y artista, labor de titán que hizo nacer en la dura tierra Castellana la flor de nuestras catedrales ensoñadoras, rumor de naranjos en flor besados por el viento entre la música de las fuentes de Granada, rayo de luna que vistió de plata los alicatados minaretes cuyos cimientos se bañan en las aguas del Darro y del Genil, zambra moruna con lucir de ojos de fuego y barbas nazarenas entre la blancura de los alquiceles, rumor de campanas y atambores, brillar de coseletes y de yelmos, alborear de estandartes morados entre bosques de picas, página de oro en las Navas de Tolosa, rayo de redención en la mente de Isabel I de Castilla, gesto austero y férreo temple bajo el pardo sayal de Cisneros, rumor marino del viento que canta alegre entre las jarcias de las Carabelas camino de América, empresa sobrehumana de la colonización, gesta homérica de los descubridores y de los viajeros, ¡Cortés!, ¡Pizarro!, ¡Elcano!, ¡Balboa!, voz eterna con que hablará a los humanos a través de los

siglos la prensa de Gutenberg, fanal dorado de las galeras triunfadoras en Lepanto, verbo de la raza en labios de aquel soldado manco de rostro aguileño y peregrino ingenio, que inmortalizó el supremo poder espiritual al encarnarle en la figura esquelética y cien veces hermosa del visionario Hidalgo de la Mancha, que contra molinos y rebaños, contra frailes y yangüeses arremetió sin más adarga que su fe, y que al socorrer desvalidos enderezando entuertos a lo largo de los caminos españoles, al tomar a las daifas por doncellas y a los venteros por castellanos, canta el triunfo del espíritu, siendo siempre a despecho de las burlas de los necios, el caballero del ideal, el noble señor de los altivos pensamientos.

No importa que el escudero prosaico y socarrón mezcle sus dicharachos a los pulidos razonamientos del hidalgo, ni que ronque a pierna suelta, tras de haber engullido las provisiones del zurrón y empinado la bota de lo lindo, mientras el espejo de caballeros, ahito de recuerdos, añora apoyado en el lanzón la hermosura de su señora Dulcinea; pese a las marrullerías de Sancho, su voluntad vive presa y dominada por la fuerza espiritual de su señor, y aun cuando el escudero no encuentra en su oficio los medios que soñara y pierde el Gobierno de Barataria saliendo de ella sin blanca para ejemplo perpetuo de gobernantes, no por eso abandona a su señor, ¿sabéis por qué?, porque hay en las locuras y en la persona del visionario caballero una poderosa fuerza de atracción, que rompe la crasa ignorancia y atraviesa la marrullería sutil del escudero arrastrando su egoísmo positivista en pos del encanto invencible que brota en el espíritu prócer del hidalgo inmortal.

Pues bien; en mezclar a las comodidades materiales un destello de ese prurito espiritual que no busca sólo las cosas tangibles sino que vuela majestuoso por los abiertos espacios del sacrificio y de la fe, en prender en el alma de las multitudes la llamita inmaterial que las haga moverse por cosas superiores a las prosaicas miserias del vivir, dignificando sus anhelos al convertirlos no en necesidades del cuerpo sino en aspiraciones del alma, está el remedio para el mal del mundo.

Él dará al enfermo hoy desasosegado e inquieto la noble tranquilidad espiritual de los clásicos modelos; él proporcionará la serenidad augusta en la desgracia, el goce templado y apacible de la prosperidad, la dulce esperanza en la hora suprema del tránsito al más allá, esperanza que ha cantado así la musa castellanísima de Gabriel y Galán:

Quiero vivir, a Dios voy
y a Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy;
de luz y de sombras soy,
y quiero darme a las dos,
quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla,
de esto que tengo de arcilla,
¡de esto que tengo de Dios!

Y no sólo dará el remedio la paz del alma, sino también la salud del cuerpo, porque de la serenidad espiritual nacerá la prosperidad material al hacer fecundos y concertados los esfuerzos, realizables los deseos, fácil el trabajo, alegre la jornada y firme la seguridad del triunfo que como ha dicho Mosso, el sabio profesor de la Uni-

versidad de Turín: «El porvenir y la potencia de un pueblo no está en su comercio, en su ciencia, en el ejército, sino en el seno de las madres, en las aptitudes de sus hijos, en el alma de sus ciudadanos».

Bien clara se acusa ya la misión de Castilla en los tiempos nuevos, y el esbozarla torpemente ha de servir de terminación al perorar insulso con el cual estoy poniendo a prueba vuestra cortés paciencia, incurriendo en grave pecado de aburrimiento.

Si el remedio para el mal es acrecentar la preponderancia del espíritu, nadie como nuestra tierra bendita para llevar a cabo esa misión; toda la historia española y más aún la historia toda de Castilla está ligada en sus grandezas y en sus derrotas, en sus alegrías y en sus dolores, a ese anhelo de ideal y de sacrificio, que es el secreto del amor maternal; madre y ¡madre que supo serlo de naciones!, guarda la tierra llana bajo su parda gleba infanzona la recia esencia espiritual que después de ocho siglos de lucha forjó en el yunque de un corazón femenino la unidad nacional; el aliento invencible de esta raza de caballeros y de poetas que, cuando encontró pequeños para su grandeza los ámbitos del mundo conocido, rompió el cerco de espuma de las olas, y guiada por un noble idealismo, arrancó al misterio de las soledades oceánicas el secreto de esas veinte naciones que hoy, libres ya, emancipadas y gloriosas, son diadema triunfal sobre las sienes de la vieja leona achacosa y heroica, que aún guarda en los arcanos de su fe alientos y energías para descubrir, colonizar y otorgar su libertad a otros cien mundos que prolonguen la proge nie castellana y canten la historia de su grandeza rezando al Dios de España en el idioma divino de Cervantes.

Toda la obra española ha sido dictada por la defensa de un ideal del espíritu y ello basta para purificarla y hacerla inmortal; en la conquista de América guiaba a los españoles tan sólo un noble anhelo espiritual, el de difundir su cultura y su fe ensalzando el nombre de su patria; probado está documentalmente por los trabajos de D. Francisco de la Iglesia, que la idea de los tesoros de Indias es una leyenda sin fundamento real; por otra parte, cuando se acometió la empresa nadie podía adivinar la tierra que se iba a descubrir; fué, por tanto, única y exclusivamente un impulso inmaterial lo que inflamó el alma de la Reina Católica y el cerebro del Almirante para dar cima al fausto suceso del descubrimiento que es en frase de Gomara «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la pasión y muerte del que lo creó».

Todo el reinado de los primeros Austrias es la lucha constante por un ideal del espíritu, el de defender la fe católica contra el empuje formidable del Luteranismo, o si lo queréis en términos modernos del concepto católico de la vida, concepto eminentemente espiritualista sobre el concepto protestante, materialista y utilitario, y a ese ideal se supedita toda la obra de la monarquía española en aquella época; gastos cuantiosos, reveses militares, complicaciones de la política exterior, se sufren con paciencia, porque España no persigue un fin material, sino la realización de un ideal que ella estima de justicia y que presta fuerzas a todos, desde el Rey al vasallo, para pisar con firme planta, sin reparar en los abrojos, la senda de su destino providencial en la Historia.

No discutamos ahora sus procedimientos que, como dice acertadamente un autor moderno, estuvieron en

consonancia con los tiempos y fueron superados en violencia por algunas naciones que pasan hoy por ultracivilizadas; basta para nuestro fin investigar el móvil supremo de la obra española en aquel tiempo y le encontraremos tan alto, tan *prócer*, tan sobrehumano, que él bastaría a redimir todas las imperfecciones y hacer callar al coro de calumniadores envidiosos que niegan su grandeza. «Oh envidia—dice el peregrino caballero de la Triste Figura—, raíz de infinitos males, carcoma de las virtudes. Todos los vicios traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disputas, rencores y rabias».

Precisamente nuestro pecado a los ojos del mundo ha sido el exceso de espiritualidad, y el mismo ha ocasionado el que España quedara en segundo término a partir de aquella época en que la historia comenzó a escribirse, no con las altas empresas del arte y de la ciencia, de la religión y de la guerra, en el cerebro y en el corazón de las multitudes, sino con montones de monedas y rimeros de cifras en los libros de Caja, única norma jurídica y estética de las sociedades modernas.

Y a pesar de los reproches que se han lanzado a España por ser el país de los hidalgos visionarios y paupérrimos, la tierra de los castillos en el aire, la nación de lunáticos que se alimentan sólo de gloriosos recuerdos, de prománticos!, y ser romántico es la mayor patente de incapacidad en el concierto sancho-pancesco del moderno vivir, la obra y la civilización hispanas informadas por ese anhelo espiritual que nunca muere, perdurarán en la historia de la humanidad, y cuando haya desaparecido hasta la memoria de los mercaderes y de los logre-

ros, de los hombres prácticos y de los reyes del petróleo y del betún, del acero y de la hojalata, vivirá en la admiración de las gentes, elevándose en alas de su fuerza inmaterial, invencible y eterna, el recuerdo de un fraile humilde que se llamó Ximénez de Cisneros, de dos obscuros soldados que llevaron los nombres de D. Miguel de Cervantes y de D. Pedro Calderón, de aquel otro hombre modesto que se llamó Menéndez Pelayo y de esotro cerebro portentoso, gloria eterna de la Nación, que se llama Ramón y Cajal.

Y en no perder jamás esa preponderancia del espíritu, en seguir desempeñando su eterna misión de alumbrar con el faro del ideal el caminar de los siglos, no sólo está la gloria del pasado, sino más aún la seguridad de un porvenir espléndido para nuestra Patria, que como ha dicho Havelok Ellis: «Conservando y aplicando sus viejos ideales, España otorgará al mundo nuevos presentes del espíritu». A España y sólo a España corresponde, por tanto, aplicar el remedio espiritual para curar los males del mundo y debe comenzar por curar su propio escepticismo, por exaltar su confianza adquiriendo el convencimiento de su misión augusta, que explica en estas frases profundas y discretas un autor español, el señor Juderías: «Unos pueblos sirven para el comercio, y otros para la industria y otros para reducir a moneda contante y sonante sus empresas, y otros para disfrazar sus aspiraciones más egoístas bajo el augusto velo de la libertad y de la justicia; y el nuestro sólo sirve para defender ideales inverosímiles y para acometer empresas que aun hablando solamente al corazón y a la fantasía, dejan huella profunda y duradera en la historia de la Humanidad».

Y dentro de España, ¿qué región como Castilla podrá ostentar una ejecutoria que la autorice para marchar a la vanguardia del movimiento espiritual? Ya en 1687 decía el Marqués de los Vélez a Carlos II: «Para sostener esta gran máquina de la Monarquía no le han quedado a V. M. más que las rentas que contribuyen estas provincias de Castilla»; y si esto sucedía en cuanto o lo material, ¿qué no podríamos decir de los recursos del espíritu que derrochó siempre la gente castellana! Desde la obra de la Unidad Nacional, obra puramente espiritual, llevada a cabo por una mujer, gloria de nuestra tierra, hasta la defensa de esa misma unidad, tan brillantemente afirmada mil veces por la Diputación y Ayuntamiento burgaleses en tiempos modernísimos frente a las demasías separatistas, la médula, la enjundia, la raíz del alto valor sentimental de España, hay que buscarla precisamente en esta tierra llana y parda, de horizontes inmensos, en los cuales tiene el crepúsculo el encanto místico de una incorpórea ensoñación; tierra de soñadores y de santos, de héroes y de locos sublimes, que abandonaron la mancera para empuñar el cetro y supieron cubrir la corona real con la cogulla del monje; de capitanes hazañosos que en los momentos de desaliento y de desmayo, cuando el cuerpo rendido y la materia rebelde iban a declararse vencidas, hincaban en tierra sus tizonas y de rodillas ante la cruz de su empuñadura cobraban nuevas fuerzas al sentir cómo prendía en sus corazones lo hoguera heroica de sus amores castellanos; de viajeros y descubridores que arribaron sobre débiles leños a las playas ignotas de los países misteriosos; de misioneros que lograron arraigar en la tierra nueva, como promesa de un fruto espléndido, los rústicos hilos de sus

toscas sayales religiosos; de artistas que supieron ungir sus pinceles con el color austero y suave a un tiempo mismo de esa luz que desciende desde los amplios cielos sobre la llanura silenciosa; de poetas que, al prender en el lazo de oro del endecasílabo gestas de guerra y canciones de amor, forjaron el encanto inmortal de nuestro idioma flexible y armonioso; de doctores antorcha, y nuncio del humano saber; de sopistas pícaros y discretos que luciendo sobre el bicornio mugriento la cuchara simbólica como un blasón de noble ejecutoria, convirtieron en lugar de regocijo, aula de picardía y centro de la vida del mundo las callejas de Salamanca y Alcalá; tales fueron tus hijos, tierra recia y fecunda, alma de España, que aún llenas el mundo con los pueblos que a tu calor nacieron, a los cuales colmaste de dones espirituales dándoles un Dios que adorar, un idioma en que cantar sus glorias y una civilización por nadie superada, sacrificándote por ellos y llegando a los días de tu vejez sola y triste, pero sin que nadie, ¡nadie!, pueda arrebatarte el amor de tus hijos ni la inmortal diadema de madre y nodriza de naciones.

Aun en los tiempos actuales sigue siendo la tierra castellana último refugio de las fuerzas espirituales, mística nava donde todo alto ideal tiene su asiento; jamás o muy raras veces se oyó la voz de Castilla en el coro pedigüeño y amenazante de las demás regiones que mendigan favores en las antesalas cortesanas: austera dignidad es esta, señoril apartamiento, conciencia de su propio valer de las que son imágenes dignas esas figuras de labriegos sarmentosos y recios, que en su eterno y solitario caminar tras de la yunta parecen poner el tesón de buscar tierra que fecundar mas allá de la línea del

lejano horizonte, y al clavar ¡muy honda! la reja diríase que buscan el oculto tesoro espiritual que tan grandes nos hizo en otro tiempo.

Y no es abulia, no; no es apatía ni letargo con vislumbre de muerte su mansedumbre y su silencio, porque cuando es preciso, cuando se trata de conseguir algo que le es debido o defender alguno de sus derechos, Castilla sabe aún aprestarse al combate, y de estas ciudades nobles, calladas, en las cuales parece que el tiempo se ha dormido en un remanso de la eternidad, salen aún hombres de recio temple, herederos directos y dignos de aquellos Procuradores de otro tiempo que llevaron a las Cortes la voz del pueblo castellano, y estos hombres de hogaño saben también, como los viejos y clásicos modelos, pedir justicia con firmeza, discutir con mesura y hacer valer ante los poderosos vuestros derechos y vuestros deseos, dando realidad a vuestros sueños y abriendo para Castilla, con la sola fuerza de un ideal noble y valientemente defendido, felices y dilatados horizontes.

Es así cómo hombres de Burgos han unido y hecho fecundos los esfuerzos de las Diputaciones Castellanas, convirtiendo en realidad espléndida la promesa de prosperidad para esta tierra que lleva consigo el ferrocarril Santander-Mediterráneo, empresa de riqueza material que representa la liberación de la pobreza para la gran parte de las regiones Castellanas y que no es definitiva más que un triunfo del espíritu encarnado en vuestro noble tesón, ¡claros varones burgaleses!, de ese espíritu que más todavía que la fuerza material del vapor impulsará en breve sobre los carriles el estrépito férreo de las locomotoras; espíritu al cual se han unido para bien de

Castilla, el anhelo de justicia de un soldado y la firme fe en el ideal hispano que para fortuna nuestra, pese a torpes calumnias y cobardes injurias, alienta en el corazón del Augusto Monarca que desde las alturas del Trono sabe ser siempre, para ejemplo de todos, el primer caballero español.

Esto basta para probar que Castilla no muere ni dormita sobre sus laureles; y otra prueba gallarda muy reciente la tenéis en el noble gesto maternal y amoroso con que reclama para sí la tutela y el cuidado de regiones hijas suyas que guiadas por el deseo de lograr beneficios materiales quieren separarse de vuestra Provincia, a las cuales Burgos requiere con el amor y la autoridad de una madre en nombre de un alto ideal del espíritu al mismo tiempo que solicita firme y repetidamente de los poderes públicos que se desaten sus manos, que se pongan en ellas los recursos extraordinarios que un régimen de excepción otorgó a otras Provincias para que sus hijos nada echen de menos en su propio hogar y quieran siempre vivir en él, unidos y felices, seguros de despedirse de este mundo en el mismo idioma bendito en que su madre les enseñó a balbucear sus primeras oraciones infantiles.

Este ha sido siempre el papel de Castilla y esta es también su misión en el presente momento social; para llevarla a cabo, basta con seguir los derroteros de su historia, sirviendo de aglutinante espiritual que funda en un bloque de fe y de sacrificio energías dispersas, desempeñando el papel de hermana mayor que sabe sacrificarse por restablecer el patrimonio perdido, siendo al mismo tiempo Marta y Magdalena que cuida lo material y atiende a que las yuntas salgan al amanecer ca-

mino de la besana, pero que vela también con amoroso esmero por que en el huerto familiar florezcan a cada primavera los rosales que plantaran los abuelos y alumbren siempre entre la ceniza de los llares las brasas de la lumbré tradicional. Y ha de hacer todo esto sin abandonar su modalidad característica ni recurrir a exóticos modelos, sin ocultar el oro viejo de sus blasones bajo el barniz detonante del automóvil recién comprado a uso de moderno rastacuero, conservando siempre su alta aristocracia espiritual, su estirpe de infanzona, no cerrando con siete llaves el sepulcro del Cid, sino manteniéndole ¡siempre abierto! como eterno sagrario de la raza, y con la esencia espiritual que brota entre las cenizas del paladín, acomodada a los tiempos nuevos, emprender la pacífica cruzada de un sano regionalismo castellano que no sea criminal deseo de separación dentro de la unidad intangible de la Patria Española, sino lazo de unión, oleada de amor y de esperanza que brote junto al corazón nacional en esta Ciudad Cabeza de Castilla, que se extienda por todas las regiones, y que al llegar al puerto de donde partieron un día, impulsadas por el viento de la fe, las carabelas audaces y románticas, no se detenga ante el abismo insondable de las aguas inquietas, sino que vuele prendida en las crestas de espuma de las olas, llevando los amores de Castilla a esas veinte naciones que aún la llaman madre al otro lado de los mares.

¡Madre! Bendito y dulce nombre que cuadra mejor a Castilla que a ninguna otra región española; madre fué de la Patria; entre dolores y convulsiones la dió a luz, la amamantó a sus pechos, guió sus primeros pasos, sacrificó por ella sus tesoros, la entregó su sangre y quedó sola junto al hogar apagado siguiendo los azares y pe-

ripecias de su hija, que acaso la despreció porque era pobre; ahora es preciso que su madre la salve: pasadas sus locuras, gustado ya el amargo poso de la vida a punto de morir, viene a llamar España al corazón materno; Castilla sabrá salvarla: entre sus brazos recobrá la fe, con el calor de sus besos confortará el cuerpo aterrido, con las mieles de su amor curará sus heridas, en su corazón encenderá la lumbre espiritual de nuevas y magníficas empresas; aún encontrará bajo su tierra humilde, tesoros con que enriquecerla, y entre sus pergaminos, nobiliarios blasones con que honrarla de nuevo; y será como un milagro el renacer de España, milagro logrado por Castilla ¡la improbecida!, ¡la adusta!, ¡la silenciosa!, ¡la eterna abandonada!, que si una vez supo crear la Patria, cien veces logrará redimirla porque guarda en su corazón el tesoro espiritual del amor materno cantado así por uno de sus dulcísimos poetas:

Más sublime te he visto
cuando salvas, ¡oh amor!, que cuando creas;
tú sabes ser como el amor de Cristo.
Pues sabes redimir. ¡Bendito seas!

HE DICHO

José L. de Belona

Apostillas a un discurso

Este folleto, lector, no se vende. Ello te demuestra, mejor que los más poderosos razonamientos, cuál es la intención de quienes procuran difundir la palabra, toda luminosidad, sinceridad y optimismo del capitán Letona, cuya elocuencia, por su matiz emotivo y la clásica sonoridad de la frase, subyuga al auditorio, le sugestiona, y no, merced a ese dominio, para inducirle a error—que esa es bellaquería propia de otros hombres que no tienen, como este soldado, limpia el alma de bajas pasiones y libre el espíritu del peso de toda ambición vulgar—sino para fortalecer su ánimo, darle firmeza y brío, confianza en sí mismo, decisión y arranque para acometer, con las seguridades de un éxito rotundo y resonante, las más difíciles, penosas y claras empresas. ¡Que todo lo puede el ideal, ese ideal cantado en admirables párrafos por el Sr. Letona, y todo lo embellece, y pone alegría en las largas jornadas, y una dulce paz en las horas de descanso en la trayectoria del esfuerzo, y una reacción varonil en el momento de la desesperanza, y una compasión, sin el más leve toque de desprecio, ecuaníme, para los pobres de espíritu que no comprenden que haya quien derroche elocuencia y trabajo sin

aspirar a otra recompensa que a la satisfacción inherente al cumplimiento abnegado de todo deber!

¡Majestuoso y armosioso verbo el del capitán Letonal! Y puesto al servicio de una voluntad recia, de una inteligencia privilegiada, y sobre todo—y esto es lo que más vale—, sumiso a las órdenes de una intención recta, ingenua y juvenil, no hay que decir puede hacer muchas y grandes cosas. Le guía un propósito tan noble, que por tener sus raíces en el corazón, se manifiesta siempre espontánea y descubiertamente, acogiéndose por eso sus discursos con simpatía elusiva, menos por aquellos que por haber pegado con tanta insistencia la mirada a la tierra no pueden ya desprenderla de allí para mirar los destellos del ideal. Estas son lastimosas miserias del ánimo.

Pero de todo contratiempo o amargura por el choque desconsiderado y grosero de los ajenos egoísmos y de las infatuidades necias, compensa de sobra la gratitud y la atención, y hasta el entusiasmo, con que las gentes del pueblo acogen la palabra que les habla de cosas elevadas y bellas, de esas fuertes cosas espirituales que no están acostumbrados a oír; y aun sin comprenderlas a veces, las aman, y este impulso sentimental hace que se decidan a realizar actos de suma grandeza moral. Es que el poder de las ideas reveladoras de la verdad es tan grande que, como decía Ganivet, «ejerce misteriosas influencias y conduce por caminos ocultos a las sublimidades más puras, a las que brotan incomprensibles y espontáneas de las almas vulgares».

No se pierde, no, la siembra de ideas, aunque se juzguen incomprensibles para algunas gentes, no catalogadas entre los espíritus selectos. Es que el pueblo, el

verdadero pueblo, está en mejores condiciones para recibir la verdad, y hacerla florecer en su corazón, que algunas minorías inteligentes, acaso porque sea cierto lo de que el estado perfecto de la inteligencia es la duda, y las afirmaciones, los actos enérgicos, en línea recta, sean obra del corazón cuando no está perturbado por las sutilezas, casi siempre egoístas, del cerebro.

Dos esclarecidos ingenios de nuestra Patria, Ganivet en su «Idearium», y Benavente en «El collar de estrellas», atestiguan lo que decimos.

«Días atrás—relata el primero—expliqué yo a mi criada, una buena mujer, más ignorante que buena, el origen del mundo y de la mecánica celeste. No seguí el sistema de Copérnico, ni el de Ticho-Brahe, ni el de Ptolomeo, sino otro sistema que yo he inventado para entretenerme y que para mi criada, que no sabe de estas cosas, es tan científico como si hubiera sido sancionado por todos los grandes astrónomos del orbe. Al día siguiente, vi entrar a mi criada con un ramo de rosas buscadas no sé donde, pues en estas latitudes no abundan (escribía Ganivet su obra en Helsingfors), y entregarme, sin decir palabra, el inesperado e inexplicable obsequio; y cuando tuve en la mano el ramillete, me vino al pensamiento la explicación deseada y dije: «Las ideas de ayer han echado estas flores».

¿Y quién, en la comedia benaventiana, llega hasta la verdad y la penetra y la siente y vibra de emoción y de gratitud, sino «una pobre mujer, instinto sano, corazón honrado, bondad sencilla, alma del pueblo»?

Lo que le pasa al pueblo español, si a veces permanece indiferente ante la exposición de magnos ideales, es que no se ha cultivado su espíritu en debida forma,

porque las minorías directoras, los hombres de talento, han creído que el pueblo no era capaz de amar, porque no las comprendía, las grandes verdades, las elevadas ideas; siendo, además, explicable que en ocasiones adopte aquél, deliberadamente, una actitud de reserva, de impenetrabilidad, pues está acostumbrado a ser víctima del engaño, de la simulación con que bajo pomposos rótulos se cobijaban torpes egoísmos y vulgares ansias de medro.

Pero si al pueblo se llega, una y otra vez, insistentemente, con propósito de apostolado, llevando por delante la ejemplaridad de la conducta, con intento no maculado por ningún interés mezquino y personal; si esto si hiciera por los que poseen el don excelso de la palabra, como el capitán Letona lo hace cumpliendo los deberes de su cargo de delegado gubernativo, de seguro que el pueblo respondería con creces al esfuerzo y sería el premio de tan patriótica labor, no un ramo de rosas, que con el tiempo se marchitan y deshojan, sino copiosas, fuertes y perdurables realidades, en las que se funda la positiva y completa regeneración y progreso de un país.

Emilio R. Tarduchy,
Comandante de Infantería



